

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 113.—15 de Noviembre de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

ADVERTENCIA.

La Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD ha vuelto á su antiguo local, Dos Amigos, 10, 2.º izquierda, donde se reciben limosnas para los pobres y donativos para los heridos.

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Málaga. P. A. Gracias mil por los 100 rs. que ha entregado V. para los pobres. Quedan distribuidos á dos familias bien necesitadas. ¡Que Dios colme de beneficios á V. y á la suya!

¿ADONDE ESTAIS?

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que al caer de la hoja, cuando empezaban las lluvias y los dias cortos y las noches largas, y los pobres á tiritar en la cama sin manta ó en la calle sin abrigo, acudian á nuestra redaccion limosnas en metálico y de ropa. Nuestro ropero se veia bien provisto, comprábamos mantas, y en el pequeño círculo á donde podian estenderse los beneficios de LA VOZ DE LA CARIDAD, los pobres no tenian frio.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que acudian á nuestra redaccion donativos en metálico y de trapos, hilas y vendajes para los heridos, que incesantemente recibian por nuestra mano los socorros de sus bienhechores.

Hoy las manos piadosas no acuden con su bendita limosna; vacío

el ropero de los pobres, vacíos el baul y el ceston de los heridos, vacío el saquito donde se ponía el dinero *para mantas*, vacía la cajita donde se depositaba el fondo de la caridad en la guerra.

Y mas que nunca eran necesarios los dones de la caridad, porque mas que nunca crece el número de los necesitados. La guerra seca todas las fuentes de la riqueza, impide la produccion, destruye los productos, devora los pocos que quedan, y la falta de trabajo y la carestía y la miseria, van tomando y tomarán proporciones nunca vistas en España desde la guerra con los franceses.

El número de pobres, de miserables, aumenta ¿para qué insistir en un hecho de todos sabido?

Los soldados enfermos y heridos que necesitan del auxilio de la caridad son muchos tambien. No hay dia sin combate, sin víctimas; el invierno aumenta las enfermedades, y los heridos que se olvidan tal vez pasados los primeros dias ó las primeras semanas, necesitan meses, años tal vez, acaso toda la vida, el socorro de sus bienhechores, cuyas manos suelen cerrarse mas pronto que las heridas.

La voz del dolor es cada dia mas aguda y desgarradora; la voz del consuelo se oye apenas, suena tan debilmente, que á veces se duda si es una realidad, ó la reminiscencia ó el eco de un sonido que se estinguió.

¿Adónde estan aquellas manos que no se cansaban de dar, aquellos corazones que no se cansaban de compadecer, aquellos labios de donde salian siempre benditas, piadosas palabras?

Vino la muerte y paralizó aquellas manos y selló aquellos labios, y heló aquellos corazones. Han ido desapareciendo con horrible precipitacion aquellos buenos amigos de los pobres que cuidaban de que no tuvieran mucha hambre ni mucho frio.

Se fueron, sí, se fueron para siempre: hay un vacío mas triste que el que se nota en el guarda-ropa y en la bolsa de los desvalidos, y es el que han dejado en nuestro corazon. El suyo purificado merecia ya vivir en las regiones donde no gime. Habia llegado el dia de la recompensa, terminándose el plazo de la prueba. ¡Y nuestro egoismo queria prolongarla, habíamos de alargar su destierro en este valle de lágrimas! Enjugaban en él tantas, y tantas nos hace derramar su eterna ausencia, que natural y disculpable es que esclamemos: ¡Dios mio! ¿por qué los has llamado á todos casi en un dia, en una hora? Era la de tu justicia para el premio que no puede aplazarse, como tu misericordia aplaza la del castigo.

¡Ah! Bien se comprende que en estos dias terribles el Señor llame á sí á los justos. Por estos abismos de maldad, por estos desiertos en que no brota una fuente de consuelo y de virtud, no deben caminar

mas que los que necesiten purgar y merecer: mucho hemos pecado los que vivimos todavía.

Pero de esos que merecian morir, ¿han muerto todos? ¿Fuéronse para siempre los que amaban y compadecian, y lloraban con el afligido y le socorrian y le consolaban?

¿No ha quedado ninguno, absolutamente ninguno de aquellos buenos amigos de los pobres, que al acercarse el invierno acudian á preservarlos del frio?

Si alguno queda ¿dónde está? Que venga en el nombre de Dios, y que no tarde.

Si todos partisteis, dejándonos en la mas triste de las soledades y en momentos supremos de dolor y de angustia, y si de otra vida mejor podeis enviar á esta algo que sostenga y guie, venid en espíritu á confortar el nuestro; sed los mensajeros de Dios para inspirar piedad á los que pueden prestar auxilio, resignacion á los que no la hallan, y fuerza para no huir del espectáculo del dolor á los que le compadecen, y no tienen para consolarle mas que lágrimas.

Concepcion Arenal.

CONDUCCION DE PENADOS.

Por fin parece que el Gobierno empieza á ocuparse de las urgentes reformas que exige nuestro sistema penitenciario, si es que merece el nombre de sistema lo existente. Tenemos noticia de que se han pedido informes á las compañías de ferro-carriles para establecer un servicio de conduccion de penados.

Varias veces hemos llamado la atencion sobre la necesidad de esta reforma, que es de humanidad, de economía y de buena administracion; y era chocante y lamentable que no se emprendiese, por cuanto no es de las que exigen cuantiosos gastos.

No dudamos que las compañías de ferro-carriles responderán á esta iniciativa, y abrigamos la grata esperanza de no seguir viendo en adelante el triste espectáculo de que los animales vayan viajando rápidamente en carruajes, y los pobres penados y los sufridos guardias civiles que los custodian vayan á pié, gastando un mes quizá de penosas marchas para ir de Madrid á Cádiz, por ejemplo, distancia que en el ferro-carril se recorre en 24 horas. Las antiguas famosas *cuerdas* de presos son, desde que hay caminos de hierro para toda clase de trasportes, uno de los servicios mas repugnantes si se pueden evitar.

La perfeccion de la reforma que ahora se intenta consistirá en tener el Gobierno coches celulares, hechos á propósito para este objeto, como estan en otros paises, y aplicables á cualquier linea de ferro-carril; pero bueno es empezar por algo. Lo mas grato que tiene la noticia no consiste solo en el punto á que se refiere, sino en que demuestra que en las regiones oficiales piensan ya seriamente en ir haciendo algo reformador en materia de prisiones. Vivamente deseamos que el impulso no quede limitado á la conduccion de penados, y que á esta mejora sigan las otras muchas que reclama este abandonado ramo.

Antonio Guerola.

DESDE UN HOSPITAL.



Carta séptima.

Mis buenos y queridos amigos: Esta carta será por ahora la última que escriba á VV. desde este asilo del dolor, es verdad, pero tambien del consuelo. Cuando con los ojos del alma se abarcan tan dilatados horizontes de desolacion y amargura; cuando se ve tanto desaliento para el bien, tanta facilidad para el mal, tantas tentativas de realizar alguna obra provechosa fracasadas, tantos obstáculos invencibles, tanto egoismo, tanta indiferencia, tanta perversion, tanta desdicha, mas me parece de consuelo que de dolor esta mansion que, aunque reducida y modesta, patentiza la buena voluntad perseverante de un gran número de personas, la generosidad piadosa de otras muchas mas, y donde si se oye el grito del sufrimiento, se percibe tambien la voz de la compasion y de la gratitud. Los dias en que puedo subir á la casita blanca desde donde descubro la hermosa vega de Miranda, atravesada por el Ebro y limitada por colinas y montañas amenas y pintorescas, despues del saludo siempre cordial, siempre sentido que doy á la naturaleza; despues de la evocacion de los ausentes y de los muertos queridos, como en el seno de una madre se pronuncia gimiendo el nombre del hermano que no está allí; despues de admirarme de que luchen y se aniquilen y se maten hombres tan perversos en estos campos tan hermosos; despues de mirar con horror los sitios ocupados por los ejércitos enemigos, y en que con frecuencia combaten; despues, en fin, de los tristes recuerdos del pasado, de los dolores presentes, de la lúgubre

prevision del porvenir, de toda la vida del alma que se concentra sobre el corazon en la soledad del campo al ver que la hoja cae y el sol se pone, cuando los húmedos ojos se vuelven hácia aquel edificio donde ondea la bandera blanca con la Cruz Roja, siento un inefable consuelo: aquella bandera representa una idea grande, bendita, que si no da en España todo el fruto que debia, tampoco cae como la semilla sobre la roca.

Al aproximarse el momento de alejarme, probablemente para siempre, de este hospital, la pena y la gratitud conmueven mi alma.

Pena, por ausentarme de los dolientes cuyos sufrimientos, aunque muy poco, contribuia á mitigar; gratitud, por el mucho bien que allí he recibido.

Esto último tal vez parezca algo extraño; no todos se fijan bastante en que es imposible hacer bien sin provecho del que lo hace.

Primeramente he aprendido algo, y cuando considero lo mucho que he vivido y lo poco que sé, aquella sed de saber que no ha podido mitigarse ni aun de la manera imperfecta con que le es dado satisfacerla á la ciencia humana; mi ansia por conocer, y el poco conocimiento que de las cosas tenga; mi existencia, aspiracion inútil á una cultura intelectual que no he logrado alcanzar, y mi espíritu que vuelve al seno de Dios tan poco perfeccionado; cuando siento con grande amargura mi ignorancia, imposible de vencer ya en el poco tiempo que me queda de estar sobre la tierra, el aprender, aunque sea poco, es para mí un consuelo. Todo hombre que sufre enseña: yo he visto sufrir mucho, y me parece que he aprendido algo.

Agradezco tambien á estos pobres enfermos y heridos, el que no me hayan dado ni un disgusto ni un desengaño: han sido comedidos, buenos, y hasta caballeros con su proceder delicado en muchas ocasiones. Hubiera tenido una gran pena en hallarlos menos dignos del bien que se les hacia; he tenido una gran satisfaccion en poder decir con verdad á sus bienhechores:—merecen todo el bien que les habeis hecho.—Cuando se llega al fin de la vida, el desengaño hace mucho mal: ¡se han recibido tantos! ¡Queda tan poca fuerza para luchar con el desaliento que en pos de sí lleva, y para arrancarle los prosélitos que hace con su escarmiento! Por el contrario, alienta tanto la confirmacion de un placentero vaticinio, la realizacion de una dulce esperanza, y sobre todo el ver á los hombres con cualidades que los recomiendan y enaltecen.

Tambien se despierta en mí un continuo y profundo sentimiento de gratitud hácia los generosos bienhechores de nuestra obra. Cierto que cuando en Madrid recibimos un donativo, le agradece-

mos mucho, pero no con aquella vehemencia que al distribuirle aquí: el gusto de llenar un cajon no es tan grande como el de abrirle y remediar muchas necesidades y aliviar muchos dolores. El que hace una limosna cree no beneficiar mas que al que de ella está necesitado, siendo así que van recibiendo bien y agradeciéndolo todas las personas por cuya mano pasa hasta llegar á la del favorecido. En algunas ocasiones sería notable y consolador saber cuántas veces se ha agradecido un solo beneficio, que va recibiendo una benediction por cada mano que pasa. Que tantas como hemos dado á los caritativos favorecedores de este albergue, las reciban en forma de dichas ó de consuelos, que lleguen á los caritativos de nuestra patria, y á los extranjeros que no son estraños á nuestra desventura ni indiferentes á nuestro dolor, y que les digan que el pobre soldado español, es bien digno de su proteccion y de su simpatía.

Por mi parte, ¿cómo no agradecer la satisfaccion de dar que sin ellos no tendria, mucho mayor que la de recibir? Creo que ya lo he dicho: la gente dichosa, aunque no sea razonable, es natural que huya de los espectáculos del dolor que pueden turbar su ventura; pero tanto aburrido y tanto desdichado que se fastidia y sufre estérilmente, no comprendo cómo no procura distraer su tedio, ó aliviar su mal, haciendo algun bien, y no busca el consuelo que se halla consolando: de que este consuelo es seguro, veo en mí y en los demás pruebas todos los dias. No hace mucho sentia en mi alma un malestar punzante y pertinaz, que habia ido subiendo á medida que el sol declinaba. Tenia frio, que es en mí una concausa de tristeza; la lluvia caia á torrentes; y las densas nubes que anticipaban la noche, pesaban sobre mi corazon. Con gran necesidad de hacer algo y sin poder ocuparme de nada, fijaba maquinalmente la vista en las paredes de mi cuarto, apenas alumbrado por la luz incierta del crepúsculo, sin hacer un esfuerzo para salir de aquella inaccion dolorosa. Me sacó de ella una voz diciendo:

—Un herido que va de paso y pide un poco de bayeta para abrigar su brazo llagado.

—Que entre.

Entró. El brazo derecho, con una horrible herida de que quedará inutil, colgando de un poco de tela sucia, irritado, é hinchada la mano con el frio y lo imperfecto de la suspension; mojado el raído capote que no podia vestirse y traia sobre los hombros, dejándole casi en mangas de camisa, y con todo esto, ni acusacion ni queja, antes aire jovial y rostro placentero. ¡Qué leccion!

Lo primero cortarle una manga de bayeta; tomarle la medida, poner cintas; buscar el cabestrillo que le esté mejor; quitar una

manga á una hermosa camiseta de lana para que le pueda entrar; arreglar los botones del capote para que le pueda llevar suelto sin que se le caiga: despues que le den bien de cenar, que le pongan cama (en el alojamiento no la hay, y ¿quién le deja salir además con el agua que cae?) ¡Qué bien come, qué bien duerme! ¡Cuánto alivio ha tenido con el cabestrillo y el abrigo, y qué contento va con una carta de recomendacion!

—¡No sabe V. el bien que me ha hecho, dice al marchar!

—¡Pobre Juan, tú sí que no sabes el que me hiciste á mí!

Y así de continuo.

Antes de partir debo consignar el hecho, de que despues de cinco meses largos pasados aquí, trabajando mucho todos, menos yo, no hay nadie que no haya mejorado de salud: traslado á los que se figuran que no se puede ir á un hospital sin morirse, ó cuando menos sin enfermar.

Adios, personas caritativas que nos habeis auxiliado; adios, pobres dolientes, que algunos no dejareis el lecho; adios, mártires ignorados y sin palma sepultados en el cementerio de Miranda, yo os acompañé con mis lágrimas á vuestra ignorada tumba, y con lágrimas me despido de vosotros. El Señor premie vuestro incomprendible sacrificio, y perdone á vuestros verdugos.

X.

UN INVALIDO INTERESANTE.

Un carpintero, trabajando en un sitio muy elevado de un grande edificio en construccion, tiene un vahido ó un descuido: cae á la calle y queda muerto ú horribilmente mutilado.

Esta desgracia suele ser frecuente: los periódicos dedican á ella media docena de líneas de crónica local; los lectores indiferentes la pasan por alto; los compasivos sienten un pasajero movimiento de lástima y la escena concluye para el público.

Entonces, sin embargo, empieza el drama para el interior de la familia del artesano. Supongamos que á ese infeliz haya que amputarle una pierna para contener la gangrena que ya se anuncia, y que la otra quede inútil tambien; es decir, supongamos pura y simplemente un hombre que no puede tenerse en pie, grado extremo que envidia al cojo, porque este al menos suple la inutilidad de una pierna con el auxilio de la muleta.

He aquí un inválido del trabajo; un hombre en lo mejor de su vida, con inteligencia y fuerzas para trabajar, con deseo y necesidad

de hacerlo, imposibilitado para ello. He aquí una familia que pasa de repente de la categoría de obrera á la de mendiga, porque ha perdido todo su capital y todos sus recursos, que eran el jornal del jefe de ella.

¿Pero serán esto regla y consecuencia fatalmente inevitables sin escepcion posible? Ese inválido de ambas piernas ¿lo estará por completo para seguir trabajando y atendiendo á su subsistencia y á la de sus hijos?

La duda parece absurda; la pregunta ociosa. ¿De qué ha de servir un desdichado que necesita le sirvan á él y que le lleven en brazos de la cama á la silla?

Pues sin embargo, si de las teorías y suposiciones pasamos á hechos prácticos, lo que parece incuestionable, no lo es; la duda es lícita. Hay mas; el inválido puede ser aún válido: solo se necesita buena voluntad en el obrero, esfuerzo enérgico, resignacion valerosa para no abatirse y creerse un mendigo á cargo de los demás, y por otra parte, que haya algunas buenas almas que le ayuden para realizar ese esfuerzo. Muy poco es lo que se necesita.

Un ejemplo curioso vemos aquí en Sevilla. El curioso observador que divague por sus históricas calles, si del ensimismamiento que produce la contemplacion de los monumentos que recuerdan grandezas pasadas, desciende á la prosa de la vida actual, quizá tropezará en alguna plaza con un espectáculo que le interesará, si es persona cuyo corazon no está cerrado á las emociones tiernas y generosas.

Hay una casa muy pobre; en ella vive un anciano zapatero tan pobre como la casa. A su puerta se ve parado y arrimado á la pared un carretoncillo bien construido, y sentado en él un obrero, joven aún, aunque con semblante demacrado, que está trabajando en labores pequeñas de carpintería; allí le dan la comida; allí pasa todo el dia. ¿Por qué?

¡Ah! no hay necesidad de preguntarlo; está á la vista; es la realidad de lo que antes suponíamos; tiene una pierna amputada y la otra inutil. Era un laborioso oficial de carpintero y cayó de lo alto del andamio de un suntuoso edificio donde estaba trabajando. No perdió la vida; pero perdió sus dos piernas.

En vez de abatirse, con un poco de ingenio por su parte y con ayuda de caridad agena adquirió el carretoncillo, que es ingenioso. No necesita caballería, ni persona que lo arrastre, eso sería un gasto superior á sus mezquinos recursos; las ruedas tienen un doble aro exterior que sirve de manubrio impulsor con el movimiento de la mano, á semejanza, aunque en otra forma, de la que hacen los

velocipedistas con los pies. De este modo se pone en movimiento, y va desde su pobre casa á la puerta de la de su padre. ¡Familia!..... puede decirse que no la tiene; es una historia deplorable; tiene solo un niño de pocos años que está á cargo del abuelo. Allí va pues diariamente el pobre lisiado y allí pasa el dia trabajando: el mismo carretoncillo, en que está forzosamente inmovil, es su pequeño taller. Gana poco, porque poco puede hacer un carpintero en tan limitado espacio, pero algo saca con que cuidar de su pobre hijo. Su padre da frugal comida á los dos.

El edificio en cuya construccion ocurri6 la desgracia á este infeliz, es un lugar de ostentoso recreo para la sociedad escogida; el sitio donde se coloca este inválido del carretoncillo está en camino del hermoso paseo de las Delicias.

Ahora bien, jóvenes sevillanas; si sois lectoras nuestras, á vosotras nos dirigimos. Sabemos que sois bellas porque lo vemos; presumimos que sois compasivas, porque la caridad es timbre honroso de este pueblo generoso; y pues que

Hermosas sois en el alma
Como en el cuerpo lo sois

segun decia el cáustico Quevedo cuando perdió el odio crítico hácia las mujeres, os pedimos en nombre de esa bondad un recuerdo de compasion hácia ese pobre inválido cuando esteis divirtiéndoo en el local donde ocurri6 su caida, y una mirada de bondad cuando vuestras elegantes carretelas pasen junto al inm6vil carretoncillo del pobre artesano.

Bien digno es de que le ayudemos con algun socorro, el que pueda dárselo; y con simpatías de caridad, que todos pueden concederle si las sienten.

Pensad en fin, lectoras sevillanas, que ese infeliz es un hermano nuestro ante Dios y que Dios nos di6 el hermoso y dulcísimo precepto de amar á nuestros prójimos y hermanos como á nosotros mismos.

Antonio Guerola.

Sevilla 23 Octubre 1874.

CUADROS DE LA GUERRA.

I.

Hermoso dia de otoño para los que no tienen tristes recuerdos del verano, ni dolorosa prevision del invierno.

La lluvia ha purificado la atmósfera, brilla el sol, el pecho se dilata respirando un aire húmedo y templado, la vista descubre hasta las últimas elevadas montañas, que parecen azules.

Todavía hay hojas en los árboles, que encarnados, verdes y amarillos parecen grandes ramilletes de varias y descuidadas formas.

La yerba ha retoñado, y hay laderas y cañadas cubiertas de hermoso verde; algunas flores han arrostrado las largas noches frías, y alegran los campos.

Durante el día se han elevado de la tierra densos vapores que coronan algunas elevadas cumbres, ó se dibujan en el cielo y hacen más brillante su puro azul. Su blanco de nieve empieza á nacararse por el sol poniente, que refleja en ellas colores imposibles de pintar, formando vaporosas mansiones propias para albergue de dichas que se sueñan, pero que no se realizan en la tierra.

El valle cubierto de sombra invita al reposo, y dice: venid á descansar en mi seno los que habeis trabajado, yo daré sueño apacible al que tenga pura el alma; al día que se ha empleado bien, sigue la noche tranquila.

Así era en otro tiempo; pero hoy, ni se puede descansar del trabajo, ni recogerse tranquilamente al humilde apartado techo bajo el cual no se ha formado ningún mal propósito.

Todos los ecos de la montaña han repetido las detonaciones del cañon, todas las fuentes del valle se han enturbiado con sangre.

Ni el labrador al retirarse, ni el pastor al recoger su ganado, ni la joven que vuelve de la fuente, cantan; no hay alegres más que los perversos.

Una voz ha dicho: ¡*Columna!* y todos se han estremecido como si anunciase la erupción de un volcán.

Tímida gente, ¿por qué se aflige? Verdad que se divisa á lo lejos una numerosa tropa de gente de á caballo, mas no llega en son de guerra. Ni hay allí por el momento enemigos que combatir, ni se toman aquellas precauciones que anuncian la proximidad de una batalla, antes se conversa, se ríe y se canta.

No viene á combatir aquella cabalgata, ni á talar los campos ni á incendiar los caseríos. Tímida gente la del valle, ¿por qué se afligirá?

Los ginetes se apean, el jefe habla con la autoridad, el objeto de aquella expedición es *racionarse*.....

.....

Una hora después pasan las acémilas cargadas con sacos de grano y pellejos de vino; un rebaño de ovejas va detrás: las sacan al campo, á la hora de recogerse, sienten ruidos, voces desconocidas;

en vez de cayado sables, y balan de un modo lastimero; despues ya no pueden balar; apenas alcanzan respiracion siguiendo el trote de los caballos.

No es dado pintar las miradas de odio y de dolor que siguen la cabalgata; el fruto del trabajo de un año, la esperanza de otro, van con ella. ¿Qué harán las madres cuando sus hijos les pidan el pan que se han llevado los soldados, cuya alegría con la perspectiva de una buena cena hace tan horrible contraste con la prevision de un invierno de hambre?

Cuando los militares se *racionan* en pais enemigo, quiere decir que han dejado sin racion á los habitantes débiles ó que no pueden emplear la fuerza para abastecerse en otra parte. La gente de armas se rie del dolor y de la rabia impotente de la gente inerme despojada de las cosas mas indispensables para la vida: el que espone todos los dias la suya se cree con derecho á todo, y no piensa que es peor morir de miseria que de un balazo, y que puede haber sin sangre ni fuego mucha crueldad. La tienen los que salen provistos de un pueblo esquilmado, sin compadecer á los míseros moradores ancianos, mujeres y niños.

¡Los niños! ¡Pobres niños! Nada comprenden de aquel desastre, solo saben que su padre se fué, que su madre llora, y que unos hombres riendo se llevan el trigo de los graneros, el vino de las bodegas, el ganado del corral, y que cuando tienen hambre y piden pan les dicen que no hay. Oye afirmar que la guerra es la causa de aquella miseria y llanto, y se figura que la guerra debe ser algun animal muy grande y muy feroz, é insaciable, que se lleva á los hombres y mata de hambre á los niños, y piensa cómo entre todos no le matarán á él.

¡Pobre inocente! ¡Si supieras qué de esfuerzos, qué de sacrificios, no para matar sino para dar vida á ese monstruo, que deja sin padre y sin pan! ¡Si supieras que dé cosas santas se invocan para consumir la maldad mas diabólica, qué de incautos se seducen, qué de sacrificios se imponen para sostener esos hombres que matan! Ya lo sabrás cuando crezcas, desdichado de ti, que has nacido en tierra desconocedora del derecho, y siempre pronta á invocar los fallos de la fuerza: ya lo sabrás cuando empuñes las armas, y dejes á tus hijos como tu padre te dejó, y despojes las pobres viviendas como han despojado la tuya.....

Alegre va la tropa *racionada*, el pan, la carne y el vino quitan muchas penas.

Un joven se ha conmovido, y no canta ni ríe ni habla, antes presta oído al llanto lejano, al llanto de un niño que ha visto al pasar.

¿Qué tiene el inocente? Entre el ganado que la caballería lleva va su cordero, su corderito blanco, á quien habia puesto un collar encarnado. Al verle pasar entre los caballos balando tristemente, el llanto del niño ha sido tan amargo que parecia la manifestacion del dolor de todo el pueblo afligido, y el mancebo pensó: *hacemos una crueldad*, y hubiera querido poder decir: toma tu cordero, y no llores.

Imposible; la tropa marcha, y marcha de prisa; ya están lejos; ya no se oyen ni las maldiciones de los ancianos ni el llanto del niño.

El joven le lleva en su corazón. ¿Acaso deja el hogar paterno por la vez primera y no ha visto nunca escenas de dolor?

¡Ah! no. En el pecho lleva la prueba de que ha tostado su frente el sol de los trópicos, sido el blanco de los tiros que salen de la enmarañada manigua, y presenciado cómo las *auras* devoraban los cadáveres de sus sacrificados compañeros insepultos.

Ya sabe de estragos y de peligros y de crueldad, y con todo le conmueve el aspecto de aquel pueblo, á quien fría y alegremente se le priva del sustento.

Al hacer la reparticion le toca una parte del corderito del collar encarnado, quiere comprar las otras y devolvérselo á su inocente desolado dueño.

Deseo vano, sus camaradas tienen hambre y no dan la carne por ningun precio. Aquel su buen deseo es inutil, como casi todos los movimientos de piedad en la guerra impía. Cuando se derrama la sangre de los hombres, ¿qué importa la de los corderos ni las lágrimas de los niños?

El mancebo que hizo la guerra en América y que vió allí tantos horrores, dice que es uno de los mas grandes ver un ejército que se *rationa* en pais enemigo.

Ya se comprende por qué se aflige la gente del valle cuando llega *la columna*. Los hombres de guerra no dan un paso sin producir un dolor; la condicion de su vida es producir la muerte; y cuando son mas moderados y benévolos, dejan desolados á los ancianos, que ven el hambre en perspectiva, y á los niños, que lloran por sus corderos.

Concepcion Arenal.

¡SI YO FUERA RICO!

Pocas personas habrá que, no siéndolo, hayan dejado de decir alguna vez: *¡Si yo fuera rico!* y á continuacion no hayan formado planes y propósitos conformes con la natural inclinacion é ideas de cada uno.

Quién edifica palacios, quién asilos benéficos, quién establecimientos de enseñanza, ó museos, ó teatros, ó casas para pobres; éste se propone vestirlos y sustentarlos; aquél tener mucho lujo en su persona, habitacion y mesa; uno compra libros y medios de instruirse; otro se procura todo género de variedades; tal viaja incesantemente, tal goza todo lo imaginable en regalado reposo; y muchos mezclan lo bueno y lo malo, lo razonable y lo absurdo en sus propósitos, como está mezclado en su corazon y en su inteligencia.

Primeramente: ¿qué se entiende por *rico*? Abro el diccionario de la lengua para fijarme bien en la significacion de la palabra, y le vuelvo á cerrar repitiendo aquella frase de Larra: *El diccionario tiene razon, cuando la tiene.*

Ingeniémonos para venir en conocimiento de lo que se entiende por *rico*. Lo es el dueño de una *riqueza*, pero la riqueza es una cosa muy relativa. Quinientos duros son una riqueza para un pobre, y una cantidad insignificante para un millonario. Cuando un gran capitalista se arruina, se cree miserable con una propiedad que haria rico á un jornalero. Segun crecen ó menguan las necesidades, el lujo y la vanidad, aumenta ó disminuye la cantidad de dinero ó la estension de terreno con que se puede ser rico.

Aunque la riqueza sea cosa relativa y variable en cuanto á la cantidad que haya de constituirla, se la considera en absoluto como cosa buena, cómoda y agradable, y como medio para conseguir muchos fines. Las propiedades se llaman *bienes*, el que es muy rico se dice que es *poderoso*, y cuando exclamamos *¡el pobre!* es como si dijéramos *¡el desdichado!*

Se entiende por *rico* el que posee mas que lo que necesita y gasta, y con aquel sobrante *puede* algo, bastante ó mucho. La idea de tener mas de lo necesario y de *poder*, va unida á la de riqueza.

Y para que á un hombre se le considere rico, ¿se necesita que posea cierta cantidad de dinero? No. En un gran músico, en un gran pintor, el talento es una verdadera riqueza, y se dice que ese hombre tiene un *capital* en su instrumento ó en su pincel. Se dice tambien, un hombre rico de esperanzas, de ilusiones, de virtudes; de modo

que la riqueza no es una cosa precisamente determinada y tangible, sino la propiedad de alguna cosa material ó inmaterial que se tiene en mayor cantidad de la personal necesidad, y cuya libre disposicion constituye un *poder*. En este sentido, en nuestra opinion recto y verdadero, no hay nadie que no sea rico.

Hablando un dia de la influencia que tiene el espíritu sobre la materia, y cómo la modifica, y como lo puro y elevado, hace agradable y simpático el aspecto del hombre que anima, dijo un amigo nuestro: *son feos porque quieren*. Y tenia razon.

Nosotros decimos tambien, *son pobres porque quieren*, porque se forman una falsa idea de la riqueza, y no ven, ó no quieren utilizar la que en sí tienen ó podrian tener. No hay nadie, absolutamente nadie, que no sea ó pueda ser rico de alguna cosa, es decir, que no tenga de ella tal abundancia que le permita dar, siendo *poderoso*, ejerciendo poder directo sobre aquellos á quienes da, é indirecto sobre otros muchos.

Un pobre de dinero puede ser rico de ciencia, de arte, de paciencia, de tolerancia, de caridad, de perseverancia, de compasion, de celo, de abnegacion, de fe, de cualquier virtud en fin, ó buena cualidad que le permita comunicarla ó ejercerla en beneficio de sus semejantes. Todo el que quiere, *puede dar* alguna cosa: hasta el desvalido que sufre en la cama de un hospital, puede ser rico de resignacion, y *dar* un sublime ejemplo de paciencia altamente beneficioso, y mucho mas util que la moneda de oro depositada por el magnate que visita el establecimiento.

No hay pues que decir *¡si yo fuera rico!* sino *¡yo soy rico!* Vamos á examinar bien en qué consiste esta riqueza que Dios me ha dado y cómo la empleo bien y hago buen uso de ella. Algo hay en mí de que puedo disponer en beneficio de otro; algun talento, alguna virtud, alguna fuerza fisica ó moral, alguna cualidad con que puedo *dar* leccion, ejemplo, auxilio, consuelo. Esta penuria de no poder dar nada, no es obra de Dios, que me dotó generosamente, sino de mi voluntad torcida y mi entendimiento perezoso que no quiso penetrar en las profundidades de mi alma, y descubrir los tesoros que allí habia. Vuelto de mi error, arrepentido de mi pecado, veo que falté, negando á mis hermanos tantos dones como podia haberles hecho, y á mi Padre Celestial no reconociéndome deudor de la gran riqueza que en mí habia depositado. Ya soy rico, y no llegará á mí ningun menesteroso sin que le haga partícipe de algun don de los que he recibido de Dios.

Concepcion Arenal.

LA CAMPANA DE ORO.

(Arreglado por M. S.)

Un Soberano moribundo decíale á su heredero: Pronto vas á ceñir mi corona, y con eso te convencerás de que los Reyes no son mas felices que sus vasallos. No es el trono un asiento envidiable; la tierra es un valle de lágrimas; en el mundo, los pesares entran por toneladas y los gustos por adarmes; no hay en él felicidad que no tenga su mezcla de amargura.

Era el Príncipe muy joven, y creyó que su abuelo deliraba, porque á los veinte años casi todos ven el mundo al través de un prisma engañoso.

El nuevo Soberano prometíase desmentir los presagios del moribundo, cuyas palabras corrian por el pueblo de boca en boca. Yo haré ver á mis súbditos, decia, que su Rey es el hombre mas feliz de la tierra. Mas no quiero mentirle, ni engañarme; no faltaré á mi conciencia; solo cuando esté seguro de que mi felicidad no tiene mezcla de amargura, daré al pueblo la noticia para que se regocije al saber que soy feliz.

En consecuencia mandó colocar en la torre de su palacio una campana de oro, de la cual pendia un cordon, que de taladro en taladro bajaba sin estorbo hasta la cabecera del lecho real.

El pobre Rey prometíase repicarla muy á menudo, en cuanto pasara el año consagrado al luto de su antecesor.

Pasó el año, pasaron otros muchos y la campana estuvo quieta. Muchas, muchísimas veces el Rey tomó en sus manos la borla en que remataba el cordon verde, pero siempre algun escrúpulo detenía su movimiento. Acordábase de la obligacion contraida con su propia conciencia, y esta le decia que dejara el repiqueteo para mejor ocasion. Aguardábala en vano, porque siempre algun recuerdo, algun cuidado, algun temor acibaraba la dicha presente.

Entretanto sus cabellos iban encaneciendo, las arrugas surcaban su rostro, y cada dia se aumentaban sus temores de que la muerte le sorprendiera, sin que una vez al menos hubiera sonado la campana de la dicha.

Por último, llegó su hora postrera y preparóse á morir santamente, recibió los sacramentos, y ya no pensaba en el mundo ni en la campana, cuando llegó á sus oidos un murmullo sordo y acompañado de lamentos.

¿Qué gemidos son los que oigo? Preguntó el moribundo con voz desfallecida. Señor, le contestó la Reina sollozando, son los del pueblo que se agolpa en torno del alcázar. Cuando el padre se halla enfermo, es natural que sus hijos acudan á la casa paterna.

Cierto, exclamó el Rey, y tambien es natural que su padre los bendiga. Quiero que se abran de par en par las puertas, y que mis hijos entren á recibir mi bendicion postrera.

Cumplióse la voluntad del Soberano, y este vió á la multitud llorosa y postrada en su presencia, reprimiendo los impulsos del dolor para no incomodarle ni afligirle.

¿Me amais, hijos? ¿Me amais? Preguntó el moribundo esforzando la voz que amenazaba extinguirse.

¡Oh! Sí, sí, sí. Contestaron á coro los presentes, sin poder ya reprimir los sollozos.

¿Hay entre vosotros alguno que tenga derecho á pedir la reparacion de algun perjuicio, de alguna ofensa? ¿Teneis alguna queja de vuestro Rey?

No, no, Señor, dijeron todos. Nuestro Rey ha sido nuestro padre.

En ese caso, gracias á Dios. He cumplido mi deber, y bien puedo decir que soy dichoso, porque Dios abre las puertas del cielo á los que mueren amados y bendecidos por los pobres.

Dicho esto, hizo señal de que le alcanzaran el cordon verde, y por vez primera los ecos de la campana de oro resonaron en los aires, anunciando al pueblo que la mayor felicidad que se alcanza en este mundo, es morir bien. He cumplido en la tierra mi deber, y muero en la firme creencia de que Dios me otorgará en el cielo la felicidad que ni los Reyes ni los vasallos encuentran en el mundo.
